



EFEECTO DE LUNA — Cuadro de GUILLERMO GÓMEZ GIL.



LA TRILLA EN ÁLAVA — Cuadro de IGNACIO DÍAZ OLANO.

Fotografías de Hijos de Mateu.

LOS GENIALES

No era Ricardo Verdugo el bohemio que pudiéramos llamar clásico, el que viste andrajosamente, tiene la taberna por único domicilio conocido, pasa la vida en constante borrachera, vive aspirando la nauseabunda atmósfera del tugurio, derrocha el caudal de su ingenio entre gente de baja estofa, y al fin muere en la cama de un Hospital, si es que no le sorprende su hora postrera en medio del arroyo ó en el quicio de una puerta.

Tampoco era Verdugo el hombre metódico y ordenado que subordina á un régimen inalterable todos los actos de su vida. No era un loco, ni siquiera un desequilibrado, pues hartas y elocuentes pruebas tenía dadas de poseer el pleno dominio de sus maravillosas facultades intelectuales.

Verdugo era un hombre raro, genial, encarnizado enemigo de todo aquello que pudiese significar normalidad. ¿El, asistir puntualmente á una cita? ¡Imposible! ¿Comer todos los días á una misma hora y en un mismo sitio? ¡Más imposible todavía! Era, si se nos permite la frase, una especie de anarquista platónico.

Había llegado á tener cosas, lo cual era más que suficiente para conseguir una personalidad que muchos le envidiaban. En los escenarios y saloncillos que asiduamente frecuentaba por su condición de autor dramático, y por cierto de los más mimados por el público y solicitado por las empresas, se celebraban constantemente su franca alegría, su proverbial buen humor y los infinitos donaires con que esmaltaba su conversación, y que con pasmosa oportunidad fluían á sus labios, ya para contestar á una broma, ya para triturar á cualquier querido compañero.

Era holgazán por naturaleza, como por regla general lo son la mayoría de los hombres de talento, y tan desordenado para el trabajo, que era muy difícil, sino imposible, el averiguar dónde, cómo y cuándo escribía aquellas saladísimas obras teatrales que, en poco tiempo, le colocaron á la cabeza de los autores cómicos de su época, y que regocijaban al público durante muchas noches consecutivas, salvando á las empresas de las más espantosas catástrofes financieras.

Una noche, con motivo del estreno de una obra suya, se le ocurrió á Verdugo la diabólica idea de realizar una de sus mayores genialidades.

El teatro estaba lleno de bote en bote, no obstante haberse cotizado las localidades á precios elevadísimos, como homenaje mercantil tributado al merecido renombre del autor de la nueva obra. Allí estaba el público de los estrenos, esa colección de ignorantes que en junto forman un sabio, con indiscutible derecho á juzgar al propio Calderón de la Barca que volviese al teatro á reverdecer sus laureles dramáticos; público levantisco, implacable, exigente, descontentadizo, que jamás perdona á un autor, sea cual fuese su categoría en el mundo de las letras, el grave pecado de no haber sabido complacerle; público, en fin, que con igual facilidad y rapidez hace una reputación que derriba un ídolo de los consagrados por él mismo.

Allí estaban los sacerdotes de la crítica, graves, tiesos, desdefiosos, armados del tajante escalpelo, símbolo de su profesión, dispuestos á triturar la obra y á pulverizar despiadadamente al autor, si éste tenía la desgracia de incurrir en su excelsa desagrado.

Momentos antes de que el director de orquesta atacase la sinfonía, Ricardo Verdugo tomó asiento en una butaca de la cuarta fila, al lado de un caballero de aspecto simpático y bondadoso, de esos que asisten á los estrenos, sin animosidades ni prejuicios; que aplauden, si la obra les gusta, ó se retiran indiferentes en caso contrario, sin pedir que el autor sea llevado á Fernando Póo ó al Peñón de la Gomera.

Comenzó la representación. La *claque*, cumpliendo su sacratísima misión, aplaudió rabiamente el primer número, consistente en un coro de *odalisecas* que, al compás de una voluptuosa melodía de acentuado sabor oriental, se lamentaba ante Mahoma del prolongado abandono en que las tenía el Sultán.

El auditorio escuchó con indiferencia la primera escena hablada de la obra, con agrado la segunda, y con verdadero entusiasmo las sucesivas, en las que resplandecía el claro, fresco é inagotable ingenio de su autor.

Pero cada vez que el público aplaudía una situación ó reía un chiste, Verdugo gritaba:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Eso es muy malo!

—Caballero, —dijole con toda la finura y convicción posibles, el señor de aspecto simpático y bondadoso; —¿tiene usted la bondad de callarse?

Verdugo, como si no le hubiese oído, continuó golpeando el suelo con la contera de su bastón, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡A la cárcel!

—Caballero, —insistió el vecino, — que no me deja usted oír una palabra. Si quiere usted escandalizar, váyase á la calle ó á la Era del Mico, que aquí no se viene á eso.

—Yo grito, —replicó Verdugo, de mal talante; — porque quiero, porque puedo y porque me da la gana; y le advierto que no necesito lecciones ni consejos de nadie, porque no me hacen maldita la falta, —y continuó gritando y pateando, como si el autor de la obra fuese alguno de sus más íntimos.

Cuando terminó la representación, el entusiasmo del público fué inmenso, colosal... Los espectadores, puestos en pie, aplaudían con verdadero frenesí, pidiendo al mismo tiempo el nombre y la presentación del autor en el palco escénico.

Alzóse el telón, y el primer actor, adelantándose hasta la *batería*, dijo:

—La obra que hemos tenido el honor de representar, es original, el libro de don Ricardo Verdugo, y la música, de don Jaime Semicorchea.

—¡Que salgan! —gritó el público á una voz.

—Los actores no se hallan en el teatro, —añadió el primer actor.

—¡Que los busquen! —contestaron varios espectadores.

—¡No! ¡No! ¡Fuera! ¡A la cárcel! —gritaba en tanto Verdugo.

—Caballero, —dijole el señor bondadoso; —lo que está usted haciendo es indigno, incalificable...

—¡Ya le he dicho á usted que yo grito, porque quiero!

—¡Usted no gritará más!

—¿Quién me lo impedirá?

—¡Yo!

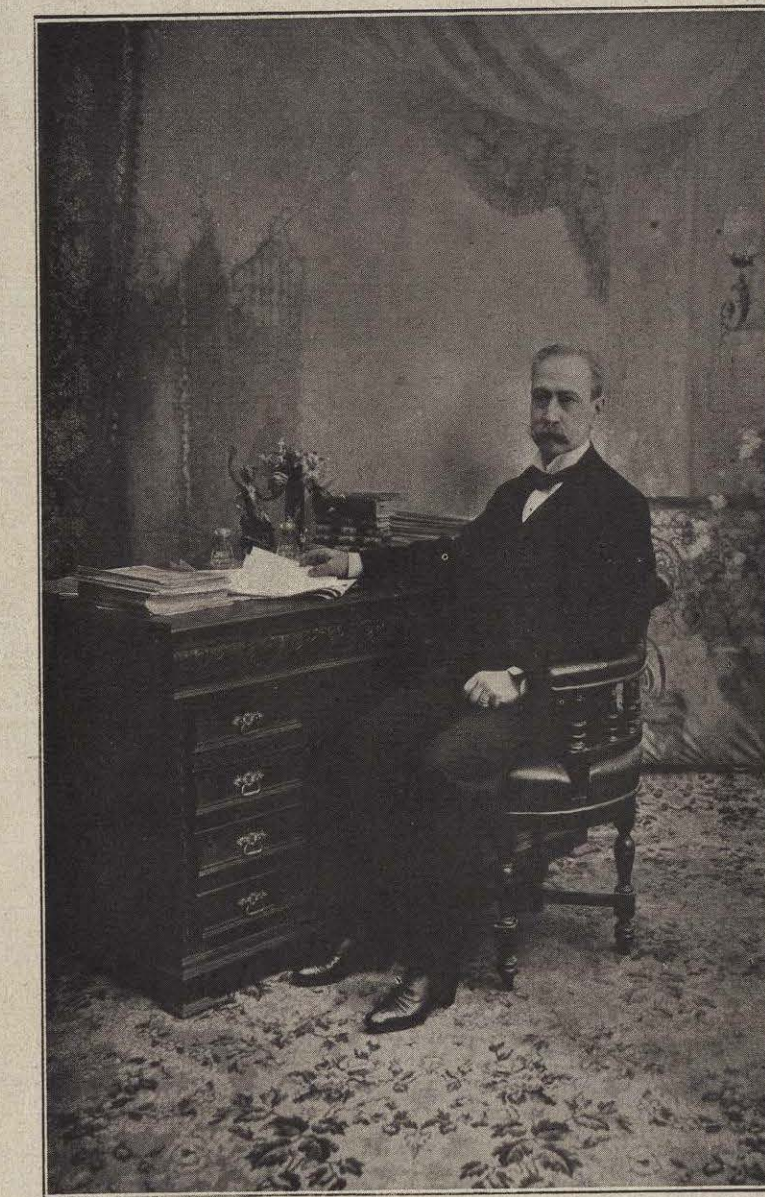
—¿Con qué derecho?

—Con el que yo me abrogo. Y además, me opongo á que usted siga

escandalizando, porque esas insulsas manifestaciones, ni tienen justificación alguna ni son propias de este lugar, y por la simpatía que me inspira el autor, á quien ni de vista conozco, que tal vez cifra con esta obra todas sus esperanzas y el pan de sus hijos.

—¿El pan de sus hijos? ¡Ja, ja! —exclamó Verdugo riendo á carcajadas.

Por toda respuesta, el señor de aspecto simpático y bondadoso propinó al genial Ricardo Verdugo una de esas bofetadas que hacen época en la vida de un hombre.



EL DOCTOR ADOLFO SALDIÁS

EMINENTE PERIODISTA, PUBLICISTA É HISTORIADOR ARGENTINO;
MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS, ACTUALMENTE, EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

El escándalo fué mayúsculo; arremolinó la gente; hubo sustos, apreturas, carreras; desmayáronse unas cuarenta señoras, y hasta los bomberos del teatro, creyendo que se trataba de un incendio, estuvieron á punto de hacer funcionar las mangas.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? —preguntaban todos á una voz.

—¡Es un *reventador*! —contestaron varios espectadores.

—¡Pues duro con él! —gritaron algunos.

Y como si aquellas palabras hubieran sido una orden terminante, sobre la espalda de Verdugo cayó una formidable lluvia de palos, de cuyas resultas quedó el desdichado hecho una lástima. No hubieran parado en esto las cosas, sin la feliz intervención de un acomodador, que acudió precipitadamente al lugar del tumulto y, al reconocer á Verdugo, exclamó: —¡Pero si este caballero no es un *reventador*!

—¡Si, sí! —gritaron los más exaltados.

—No, señores; este caballero es don Ricardo Verdugo, el autor de la obra que *hemos* tenido el honor de representar...

MANUEL SORIANO



ALEGORÍA DEL MES DE JUNIO

G. CAMPS

LA CONVERSIÓN DE RECAREDO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

La conversión de Recaredo fué un acto de grandísima importancia. Gobernaban los godos, y la España aparecía dividida en arrianistas y católicos.

Reinaba Leovigildo, quien, á instancias de sus pueblos, instancias á las que la cuestión religiosa no era ajena, había asociado al gobierno, á sus hijos Hermenegildo y Recaredo, habidos en su primera mujer. Este monarca *tan grande en los combates y tan profundo en el arte de gobernar*, había dado sobrado crédito y prestado sobrada confianza á las doctrinas de Arrio, según los mejores historiadores.

Casado Hermenegildo con la bella Ingonda, princesa católica, las persecuciones de que ésta se vió objeto, por sostener sus ideas religiosas, le arrastraron á participar de sus creencias y á desnudar la espada para sostenerlas.

Por súplicas de su hermano Recaredo, y dolorido por tener que combatir contra su mismo padre, apenas iniciada su rebelión decidió someterse; pero Leovigildo, en vez de estimar, como debía, la actitud de su hijo, le encarceló y mandó preso á la ciudad de Toledo, residencia de los monarcas godos.

Escapado de su prisión Hermenegildo, ya no le fué posible desoir las quejas de los católicos, sus amigos y correligionarios, que se veían escarncidos y maltratados.

Mérida, Córdoba y Sevilla la prestaron su ayuda, y Hermenegildo empuñó de nuevo la espada. Leovigildo logró vencer á las ciudades rebeldes, y, habiéndose apoderado de la persona de su hijo, le mandó á Tarragona, cargado de cadenas. Hermenegildo, dice un autor, negóse á comprar la vida y la libertad con el sacrificio de su fe, y el monarca arriano ordenó la muerte de su hijo y sucesor, á fin de evitar que el catolicismo se introdujese en España; por lo que la Iglesia coloca á Hermenegildo entre sus mártires y santos.

Muerto Leovigildo, en el año 587, ocupó el trono su segundo hijo Recaredo. Este príncipe, educado por su tío San Leandro, no había querido alzarse contra su padre, por más que profesase las ideas católicas, fiando al tiempo la resolución de este grave problema y manteniéndose hijo fiel y respetuoso.

A los pocos meses del fallecimiento del Leovigildo, en Mayo ó Junio, del año 589, reunió el Concilio tercero de Toledo, al que asistieron todos



Cuadro de Muñoz DEGRAIN.

Existente en el Palacio del Senado.

los obispos arrianos y, católicos, y presentándose con su esposa la reina Badda, abjuró ante ellos las doctrinas de Arrio, proclamando las enseñanzas católicas, invitando á los prelados á que las aceptasen, y las hiciesen adoptar por nobles, caballeros y pueblo de todos sus dominios.

El eminente artista Muñoz Degrain pintó, para el palacio del Senado, el cuadro que damos en este número y que representa suceso tan notable. Este lienzo es el encanto y la admiración de cuantos visitan la Alta Cámara, por la colocación de las figuras, por la expresión de los semblantes y por la verdad de la indumentaria.

Dícese por varios historiadores que Recaredo expuso al Concilio que después de la muerte de su padre se había convertido á la fe católica; mientras que otros aseguran, declaró, que su padre al morir había adjuvado el arrianismo recomendándole, eficazmente, la conversión de sus súbditos; añadiendo Recaredo que los visigodos eran la única nación cristiana que había rechazado el Símbolo de la fe, redactado por el Concilio de Nicea. Sea lo que fuere, lo cierto es que el clero arriano que asistía al Concilio fingió quedar convencido y que toda la Asamblea adoptó las doctrinas católicas.

Relacionado íntimamente Recaredo con el papa Gregorio I el Grande, envióle riquísimos presentes, á los que el Santo Padre correspondió con preciosas reliquias, y con la aprobación de las actas del Concilio en que se había realizado un suceso de tanta trascendencia.

Sin duda por aquello de que donde *hubo fuego cenizas quedan*, pronto estallaron algunas sublevaciones de carácter religioso, alentadas por la reina Gosvinta, la viuda de Leovigildo. Recaredo mostróse hombre humano y político experto y, aunque se apresuró á reprimir las, lo hizo sin extremar el rigor, obligando á los ocho obispos arrianos que en ellas tomaron parte á abjurar de sus doctrinas, ordenando, á seguida, la destrucción y quema de cuantos libros existían de teología arriana.

Decidido á asentar sobre sólidas bases la nueva religión, convocó otro Concilio, compuesto de los prelados más ortodoxos, bajo la presidencia de los metropolitanos de Toledo, Sevilla, Tarragona, Mérida y Braga, según su categoría y su antigüedad, á los cuales encargó de la redacción de nuevos Cánones y nuevas Cartas Sinodales, para asegurar la estabilidad de la Iglesia Católica. San Leandro, uno de los hombres más sabios de su época, y á quien Leovigildo desterró por creerle autor de la conversión de Hermenegildo á la fe católica, fué encargado por Recaredo de corregir la liturgia; suponiéndose que á él se debe el origen del oficio religioso y apellidado *mozárabe*, que San Isidoro perfeccionó después, y que aún se practica hoy en la catedral de Toledo.

A partir de la elevación de Recaredo, conocido en la Historia por el *Católico*, los Concilios de Toledo substituyeron á las antiguas Asambleas de los visigodos.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS